

## HACIA UNA CLASIFICACIÓN SEMÁNTICA DEL CALEPINO SAHAGUNENSE

PILAR MÁYNEZ

Muchos han sido los intentos por organizar y categorizar los diversos componentes semántico-culturales que conforman una sociedad. Semiólogos, lingüistas y antropólogos han tratado de estructurar estos complejos espectros de elementos que están lejos de presentar una organización cristalina y geométrica. Mientras las unidades pertenecientes a otros niveles del sistema lingüístico, como el fonológico, han logrado ser sistematizadas mediante el concepto estructuralista de oposición distintiva, las unidades del nivel semántico se han resistido a ser igualmente estructuradas, debido a su amplitud y a su relación con la realidad extralingüística.

No obstante, a pesar de estas dificultades teóricas y metodológicas se han tratado de establecer las interrelaciones semánticas y culturales de los elementos que conforman lo que Mauricio Swadesh ha llamado “constelaciones semánticas”, que no son otra cosa, que las relaciones que contraen por analogía u oposición las unidades del sistema.<sup>1</sup>

En efecto, los antropólogos se han preocupado por clasificar los constituyentes culturales de las sociedades. Recordemos tan sólo las distintas formas de organización revisadas por Melville Herskovits, en su multicitado libro *El hombre y sus obras*, en donde se lee que “por lo mismo que la vida de cada grupo está unificada para los que viven, es esencial que comprendamos plenamente tanto la necesidad de estudiar cómo está sintetizada una cultura, como la utilidad de romper esta unidad en sus partes componentes”.<sup>2</sup>

Definitivamente la distinción entre “rasgo” (unidad de contenido cultural más pequeña que se puede detectar) y “complejo

<sup>1</sup> Mauricio Swadesh sugiere hablar de constelaciones o de sistemas de astros para referirse a la influencia recíproca por atracción o por repulsión de los elementos. *El lenguaje y la vida humana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 180-181, Colección Popular 83.

<sup>2</sup> Melville Herskovits, *El hombre y sus obras*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 237

cultural" (unión de varios rasgos), establecida por los antropólogos,<sup>3</sup> permite identificar las distintas unidades que conforman cada elemento de una cultura determinada, y no sólo eso, la búsqueda de "universales" en la civilización humana ha permitido la realización de reveladores esquemas que nos ayudan visualizar global y jerárquicamente los diferentes constituyentes que la integran.<sup>4</sup>

Recordemos, por ejemplo el trabajo de Vissler en torno al "patrón universal de cultura", donde se enuncian y ordenan los diversos componentes culturales:

1) El habla (con sus distintas modalidades: lenguaje, sistemas de escrituras, etc.) 2) Los rasgos materiales (hábitos alimenticios, moradas, transporte y viajes, enseres, armas, ocupaciones e industrias. 3) El arte (talla, pintura dibujo, música). 4) La mitología y el conocimiento científico. 5) Las prácticas religiosas (formas rituales. tratamiento de enfermos y de muertos). 6) Familia y sistemas sociales (formas de matrimonio, parentesco).<sup>5</sup>

Claro está que, como sostiene George Murdock:

Cada cultura difiere de las restantes, a veces profundamente no solamente en sus elementos constitutivos, en su presencia o ausencia, sino también en la configuración o estructuración peculiar adaptada por estos elementos. Sin embargo, el uso de un sistema especial para cada

<sup>3</sup> Melville Herskovits advierte que: la estructura de la cultura se ha diseñado adecuadamente en los términos rasgo, complejo, área y pauta. El "rasgo" es la unidad más pequeña que podemos detectar y se combina con otros rasgos para formar un complejo. Los "complejos" se hallan orientados de modo que prestan a una cultura sus formas distintivas que se llaman sus pautas. La distribución de pautas de vidas similares en una región dada constituye un "área cultural". Los conceptos de rasgo cultural y de complejo cultural son propios de una manera de abordar el problema que analiza todos los aspectos del hombre y de su mundo en componentes, que, con sus permutaciones y combinaciones, constituyen los "todos" más amplios que distinguimos como culturas singulares. *El hombre y sus obras*, p. 189.

<sup>4</sup> Aquí sólo nos referiremos a la clasificación de E.B. Tylor que después de tratar del lugar que ocupa el hombre en el mundo biológico, se ocupa de los siguientes temas: lenguaje, las "artes de vivir", la búsqueda de alimentos, herramientas, habitaciones, vestidos, cocina, y aquellos otros temas que hoy se llamarían económicos, tales como el trueque, dinero y comercio; las "artes del placer"—poesía, drama, danza, artes pictóricas y plásticas—, la "ciencia"—contar, pensar, otros métodos de razonar respecto al mundo físico, y la magia, el mundo del espíritu o religión en sus varias formas; la historia y la mitología, y la "sociedad".

También B. Malinowski establece una relación entre la función que cumple cada una de las respuestas culturales en las necesidades básicas de hombre. Así elabora el siguiente esquema:

<i>Necesidades básicas</i>	<i>Respuestas culturales</i>
1. Metabolismo	Comisariado
2. Reproducción	Parentesco
3. Comodidades corporales	Refugio
3. Seguridad	Protección.

Véase Melville Herskovits, *El hombre y sus obras*, p. 255 y 260.

<sup>5</sup> Véase. Melville Herskovits, *El hombre y sus obras*, p.255-256.

cultura, adaptada a sus contenidos particulares y a sus instituciones características, implicaría que cada persona que investigara en los archivos deberá familiarizarse primero con cada uno de los sistemas.<sup>6</sup>

Por su parte, semiólogos y lingüistas se han abocado también a este problema, y han intentado explicar y sistematizar la forma en que los elementos léxicos se pueden organizar en torno a un concepto general.

Así tenemos la teoría del campo semántico que, al decir de Umberto Eco, "es un instrumento útil para explicar determinadas oposiciones con el fin de estudiar determinados conjuntos de mensajes".<sup>7</sup> Nótese aquí la aclaración del autor respecto a que se trata de oposiciones muy concretas en conjuntos muy específicos. Parecería, entonces, que la teoría del campo semántico es incapaz de poner de manifiesto la interrelación de todos y cada uno de los elementos léxicos que aluden a los más variados aspectos que integran una cultura.

Por otra parte, contamos con otras formas de estructuración ideadas por los lingüistas, como son la enunciación de conceptos superordenados o generales, conocidos como "hiperónimos" de los que dependen una serie de "hipónimos", o sea, de términos específicos o subordinados al significado general condensado en el "hiperónimo".<sup>8</sup>

Pero qué sucede cuando se intenta organizar semánticamente un amplio corpus de elementos léxicos que hacen referencia a distintos componentes de una determinada cultura. Este es precisamente el tema al que me abocaré en esta ocasión.

Se trata de encontrar una forma en la que se ponga de relieve las relaciones semánticas y culturales que contraen los numerosos términos nahuas, que aparecen insertados en la versión castellana del *Codice Florentino* y que conforman el "calepino" sahadunense. El propio autor comenta al respecto:

<sup>6</sup> George Murdock, *et al.*, *Guía para la clasificación de los datos culturales*, Washington, D.C., Unión Panamericana, 1960, Manuales Técnico 1.

<sup>7</sup> Umberto Eco advierte que: "... a falta de descripción de un Sistema Semántico Universal, un sistema que formula una visión del mundo, por tanto, una operación imposible, porque una visión global del mundo, con la interconexión de sus manifestaciones periféricas cambia continuamente, hay que *Postular* los campos semánticos como instrumentos útiles para explicar determinados conjuntos de mensajes", en *Tratado de semiótica general*, México, Editorial Nueva Imagen, 1978, p. 156-157.

<sup>8</sup> John Lyons ilustra esta relación de la siguiente manera: "Digamos que vaca es un *hipónimo* de animal, que rosa es un hipónimo de flor, y así sucesivamente; y además, que rosa, tulipán y clavel, etc., por hallarse en igual relación con respecto a flor son *cohipónimos* (del mismo lexema). Para la relación inversa, utilizaremos el término correlativo de *hiperonimia*. *Semántica*, Barcelona, Editorial Teide, 1980, p. 251.

“Es esta obra como una red barredera para sacar a la luz todos los vocablos desta lengua con sus propias y metaphóricas significaciones y todas sus maneras de hablar”, y más adelante abunda:

Cuando esta obra se comenzó, comenzóse a decir, de los que lo supieron, que se hacia un Calepino y aún ahora, no cesan muchos de me preguntarme que ¿en qué términos anda el Calepiño?...Ciertamente no ha habido oportunidad porque Calepino sacó los vocablos [latinos] y las significaciones de ellos y sus equivocaciones y metáforas, de la lección de los poetas y oradores y de los otros autores de la lengua latina, autorizando todo lo que dice con los dichos de los autores, el cual fundamento me ha faltado a mí...pero eché los fundamentos para que quien quisiere con facilidad le pueda hacer.<sup>9</sup>

A la fecha se tiene registrado el calepino en su totalidad, esto es, las voces nahuas y sus respectivas variantes con sus distintos contextos castellanos y su correspondiente referencia bibliográfica, extraídos de los doce libros que integran la magna obra sahuaguense. Resta ahora decidir si la presentación final del corpus debe disponerse alfabéticamente, o si hay que aventurarse hacia una clasificación semántica en la que se establezcan las interrelaciones de estos elementos léxicos, mediante la consideración de los semas que integran cada una de sus definiciones.

Actualmente se cuenta con una primera aproximación de los posibles términos generales y particulares que conforman la organización conceptual de este material. Nótese que se ha optado aquí por la estructuración en hiperónimos e hipónimos, ya que no se pudo considerar la teoría del campo semántico, pues, como asegura John Lyons: “cada uno de los términos que lo conforman debe considerarse tanto en sus relaciones paradigmáticas como sintagmáticas”;<sup>10</sup> en otras palabras, cada elemento del campo se debe determinar por ser parte de un paradigma específico, pero también por estar sujeto a las pruebas de conmutación y distribución pro-

<sup>9</sup> Véase Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición preparada por Ángel Ma. Garibay, México, Porrúa, 1981, t. 1, p. 28 y 30-31.

<sup>10</sup> John Lyons afirma que no cabe ya ninguna duda de que tanto las relaciones paradigmáticas de Trier como las relaciones sintagmáticas de Porzig deben incorporarse inexcusablemente a toda teoría satisfactoria de la estructura léxica. Incluso ellos mismos llegaron a aceptar que sus concepciones, en su origen claramente opuestas eran complementarias y no estaban forzosamente en conflicto (p.245-246) y más adelante agrega que el semantista estructural saussureano (y postsaussureano) adopta la postura de que el significado de toda unidad lingüística está determinado por las relaciones paradigmáticas y sintagmáticas que se establecen entre esta unidad y las demás unidades del sistema lingüístico, *Semántica*, p. 251-252.

pias de las relaciones sintagmáticas, condición imposible por la naturaleza de nuestro corpus.

Esta clasificación se realizó atendiendo en primer lugar al propio material lexicográfico emanado de la obra sahadunense, así como a los criterios semánticos ya aludidos y a determinados esquemas históricos, antropológicos y etnológicos.

De esta forma, se consideraron algunas propuestas que incluyen los importantes trabajos de Melville Herskovits, Adamson Hoebel y George Murdock en lo que respecta a la enunciación de los componentes culturales, a su organización y a su relación a través de intrincadas referencias cruzadas: los índices temáticos del libro *Bibliografía de arqueología y etnografía* de Ignacio Bernal, así como los contenidos en *Toltecatoytl. Aspectos de la cultura náhuatl* de Miguel León-Portilla, y el de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, preparado por Ángel María Garibay.<sup>11</sup>

Considerando todos estos aspectos, se obtuvo un primer acercamiento a lo que podría ser la organización semántico-cultural de los préstamos nahuas en la versión castellana del *Códice Florentino*, que puede apreciarse gráficamente en el cuadro.

Actualmente se ha clasificado y analizado el primer hiperónimo relativo a la Religión y Magia con sus siete hipónimos, esto es, 762 voces indígenas insertadas en alrededor de 4000 contextos castellanos.<sup>12</sup>

En el rubro de la "Divinidad" se incluyen todos los nombres de los dioses mexicas con sus respectivas características; el de "Oficios y Servicios Religiosos" contiene la denominación de las diversas clases de ministros de los dioses y otros asistentes que intervienen en el culto. La sección de "Fiestas y Ceremonias" está compuesta por aquellos vocablos que aluden a una celebración religiosa, o bien a la fecha calendárica que, en ocasiones, da nombre a la misma; este apartado está estrechamente vinculado con el de "Ritos y Ofrendas" que comprende los términos relacionados con las procesiones, ayunos, danzas y cantos rituales, sacrificios y ofrendas, participantes y asistentes del ritual, fechas específicas para la celebración del rito, así como el nombre de los dioses a quienes se elevan los rezos y se dirigen el culto y la ofrenda. En la sección de "Indumentaria y Atavíos" se presenta todo lo relacionado con el

<sup>11</sup> Ignacio Bernal, *Bibliografía de arqueología y etnografía*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962; Miguel León-Portilla, *Toltecatoytl, aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983. Y Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, numeración, anotaciones y apéndices de Ángel Ma. Garibay, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1981.

<sup>12</sup> Véase Pilar Máñez, *Religión y magia. Un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún*, México, UNAM, ENEP Acatlán, 1989.

vestido y adorno de los dioses, ministros de los dioses y en general de todos los concurrentes a las diversas ceremonias del culto sagrado; en la de "Objetos y lugares Sagrados" se incluyen los nombres de los diferentes instrumentos y objetos empleados en el ritual, así como los términos que se refieren a los oratorios y habitaciones de los sátrapas y en general a los lugares donde se efectuaban los ayunos, las procesiones, los ritos y sacrificios. La última parte, dedicada al "Pensamiento Mágico", está conformada por todos los vocablos relativos al arte adivinatoria: magos, ilusionistas, objetos necesarios para la predicción, signos propicios y no propicios; también se incluye la denominación de algunos objetos, animales, flores y enfermedades relacionadas con la superstición mexicana.

Resta ahora analizar y organizar las 3200 voces nahuas que aluden a los otros cinco hipónimos (Arte y Artesanías, Organización Social y Política, Economía, Geografía y Conocimiento Científico).

Algunos apartados resultan más ricos que otros, por ejemplo, los que se refieren a la "Organización Social y Política" y a la "Geografía", pues comprenden importantes hipónimos como, "oficios y cargos", "indumentaria y atavíos", en el primero, y "flora y fauna", en el segundo. No así el de "Arte y Artesanías" que apenas contiene un centenar de voces que hacen referencia, en su mayor parte, a los edificios arquitectónicos y al arte plumaría.

Ahora bien, algunas de las definiciones que Sahagún proporciona de las voces indígenas, aluden únicamente a un solo hipónimo. Así tenemos que *amanalli* se refiere sólo al rubro de "geografía, hidrología y suelo", pues el fraile comenta que "a las lagunas o estanques donde se crean espadañas o juncias, que no corren por ninguna parte llamanlas *amanalli*, que qujere dezir agua que esta queda"; *camopalli*, al de "colores, tintes y resinas", ya que, según comenta fray Bernardino, "mezclando grana colorada que se llama *tlapalli*, con lumbre y un poco de tzacutli; hazese un color morado, que se llama *camopalli*, con que hazen las sombras los pintores", y *chalchihuitl*, al de "piedras preciosas", pues en el *Códice Florentino* aparece que "son piedras preciosas que se crjan en el lugar donde se crja la yerva, y que esta piedra siempre echa una exalacion fresca y humeda y donde esta esta cava y hallan las piedras".<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Códice Florentino*, México, El Gobierno de la República edita en facsímil el Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana, sf., lib. 11, fol. 225, p. 376 v., lib. 11, fol. 221, p. 372 v. y lib. 11, fol. 203 p. 355 v., respectivamente.

Otro ejemplos más, es el término *atlalli*, que hace referencia únicamente al apartado de "agricultura": "A la tierra de riego que llaman *atlalli* que qujere dezir agua o tierra que se puede regar", lib. 11, fol. 227, p. 378 v.

Sin embargo, frecuentemente las definiciones de los vocablos pueden estar asociadas conceptualmente con dos o tres distintos hipónimos incluso de diferentes hiperónimos. Y esto se debe a que los semas que conforman sus definiciones pueden aludir igualmente a dos o más rubros. Luis Fernando Lara a que:

Los sememas no se agrupan siempre en los mismos campos, ni que los campos se vuelven a agrupar en campos más amplios ordenadamente. Como se comprueba al intentar estructurar campo, hay sememas que pueden pertenecer a varios campos a la vez, según las características de los semas que los compongan y aun según el orden en que aparecen en el interior de la fórmula. El problema de la posible pertenencia de un semema a varios campos —en este caso hiperónimos— continúa siendo uno de los insolubles de la teoría del campo.<sup>14</sup>

Así, por ejemplo, tenemos que al referirse a los obsequios que llevaban los mercaderes a los señores de México y Anahuac, Sahagún comenta que “eran estos dones plumas ricas que llaman *totocujllapiltic quetzalli*”, por tanto, este término náhuatl con su correspondiente contexto castellano pertenece tanto a los subrubros de “arte plumería” y “dones y regalos” de dos distintos rubros: Arte y Artesanías, y Organización Social y Política, como puede apreciarse en el cuadro. Lo mismo ocurre con *memeya* que según la definición que nos proporciona fray Bernardino correspondería tanto al apartado de “flora” como al de “enfermedades y remedios” de los hiperónimos Geografía y Conocimiento Científico, pues es una

yerva medicinal que qujere dezir, mana leche, tiene una rrama sola y las hojas largas y anchuelas y puntiagudas y flor blanaca, las rramas nj hojas no tienen provecho. Desta yerva es como color castaño por de fuera por dentro es blanca no tiene njngun sabor. Ase de tomar mulda con unos granos de mayz y mezclada con agua tibia, una destas rayzes o cebollas se rreparte en tres o quatro vezes para beber, aprovecha ansi bebida para los que tienen mal de barriga y le rugen las tripas y tiena la barriga hynchada con esto sana, haze echar por la boca colera y flema y materia.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Luis Fernando Lara, “Del análisis semántico en lexicografía” *Investigaciones lingüísticas en lexicografía*, México, El Colegio de México, Jornadas 89, 1979, p. 150

<sup>15</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Códice Florentino*, lib. 11, fol. 153, p. 305 v. Otro ejemplo, en este sentido es el de *tecujllatl*, con sus respectivos sinónimos: “Ay unas vivoras, que se crían sobre el agua, que se llaman *tecujllatl*, *acujllatl*, o *açoqujtl*, o *anomoxtlí* son de color de açul claro despues que esta bien espesso y grueso, cogenlo, tiendenlo en el suelo sobre ceniza y despues hazen unas tortas dellas y tostadas las comen”, lib. 11, fol. 69, p. 299 v.

Quedan entonces las siguientes preguntas: ¿es preferible disponer el amplio corpus sahangunense en el tradicional orden alfabético, o hay que aventurarnos, a pesar de las posibles repeticiones que puedan registrarse en distintos rubros debido a la naturaleza de las unidades de contenido, a clasificar todo el material léxico a través de una estructura semántico-cultural?

El primer método facilita considerablemente la organización del corpus y remite a la habitual consulta lexicográfica, mientras que el segundo, plantea una mayor dificultad para su estructuración, pero permite ubicar cada una de las unidades léxicas nahuas como formas apelativas de uno o varios componentes de la cultura mexicana. Semejante distribución permitiría comprobar los alcances del estructuralismo en la explicación integral de los componentes de esta cultura indígena.

ORGANIZACIÓN CONCEPTUAL DE LOS PRÉSTAMOS NAHUAS EN EL TEXTO CASTELLANO DEL CODICE FLORENTINO

<i>Religión y Magia</i>	Divinidad Ritos y ofrendas Pensamiento mágico	Oficios y servicios religiosos Indumentaria y atavíos	Fiestas y ceremonias Objetos y lugares sagrados
<i>Arte y Artesanías</i>	Arquitectura Música y danza Piedras preciosas	Escultura y pintura Cerámica Diferentes trabajos tallados	Literatura Arte plumaria
<i>Organización social y política</i>	Estratificación social Antropónimos Educación Indumentaria y atavíos Lengua	Oficios y cargos Gentilicios Costumbres y tradiciones Pasatiempos y recreaciones	Relaciones personales y de parentesco Milicia Fiestas y banquetes Dones y regalos
<i>Economía</i>	Ciclo anual Agricultura Piel, tejidos y manufactura Comercio	Recolección de frutos Alimentos y bebidas Obtención de resina, tintes y colorantes Tributo	Caza y pesca Herramientas e instrumentos y utensilios Transporte y comunicación
<i>Geografía</i>	Toponimia Geología, hidrología y suelo Flora	Clima Recursos minerales	Localización Fauna
<i>Conocimiento científico</i>	Medicina Minerología	Astrología y Astronomía Metalurgia	Matemáticas Herramientas y utensilios